

INTELECTUALES, CIENCIA Y POLÍTICA. NOTAS EN TORNO A
¿QUIÉN MATÓ A ROSENDO? (WALSH)
E “IDEOLOGÍA Y COMUNICACIÓN DE MASAS:
LA SEMANTIZACIÓN DE LA VIOLENCIA POLÍTICA” (VERÓN)

[Micaela Cuesta](#) (Universidad de Buenos Aires / CONICET) y
[Mariano Zarowsky](#) (Universidad de Buenos Aires) Argentina
marianozarowsky@yahoo.com.ar / micaelacuesta@yahoo.com.ar

Resumen

Considerando la tensión entre ciencia e ideología que recorría el campo intelectual en la década del 60, Jorge B. Rivera sugería en su trabajo sobre la historia de la investigación en los estudios en comunicación en Argentina –“a quienes se interesen por el análisis crítico de resultados y por la validez relativa de ciertos aparatos metodológicos”– confrontar dos escritos publicados en el año 1969: *¿Quién Mató a Rosendo?*, de Rodolfo Walsh, e “Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política”, de Eliseo Verón. ¿Cuál era el nexo que habilitaba la sugerencia de Rivera de comparar personajes y textos tan heterogéneos? Ambos trabajan sobre los materiales del asesinato del dirigente sindical Rosendo García. Siguiendo esta pista nos proponemos ensayar una primera aproximación para dar cuenta tanto de la posición de los actores en el campo intelectual en la época, como supuestos epistemológicos y metodológicos que subyacen a ambos proyectos.

Palabras clave: ciencia e ideología, medios de comunicación.

Considerando la tensión entre ciencia e ideología que recorría el campo intelectual en la década del 60, Jorge B. Rivera sugería en su trabajo sobre la historia de la investigación en los estudios en comunicación en Argentina –“a quienes se interesen por el análisis crítico de resultados y por la validez relativa de ciertos aparatos metodológicos” – confrontar dos escritos publicados en el año 1969: *¿Quién Mató a Rosendo?*, de Rodolfo Walsh, e “Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política”, de Eliseo Verón (Rivera, 1987: 41). ¿Cuál era el nexo que habilitaba la sugerencia de Rivera para comparar personajes y textos tan heterogéneos?

En la noche del 13 de mayo de 1966 fue asesinado el dirigente sindical Rosendo García. En buena medida sus repercusiones políticas se las debemos a Rodolfo Walsh, quien a mediados de 1968 escribía en el Semanario de la CGT de los Argentinos las notas que dieron forma a *¿Quién mató a Rosendo?*, que se publicaría como libro en 1969. Ese mismo año Eliseo Verón editó *Lenguaje y comunicación social*, una compilación de trabajos presentados en ocasión del Simposio: *Teoría de la comunicación y modelos lingüísticos en ciencias sociales* organizada por el Centro de Investigaciones sociales del Instituto Di Tella, en octubre de 1967. El libro, pero en particular el artículo escrito por Verón, son reconocidos en la historia del campo como uno de los “textos inaugurales” de los estudios en comunicación en el continente. En su trabajo Verón presentaba un programa para el estudio científico de la ideología en la comunicación de masas reforzado por el análisis empírico de la cobertura realizada por dos semanarios periodísticos del “atentado contra dirigentes gremiales peronistas ocurrido en Buenos Aires en la noche del 13 al 14 de mayo de 1966” (Verón, 1969: 147).

Siguiendo la pista de Rivera, entonces, nos proponemos aquí ensayar una primera aproximación para dar cuenta de la posición de los actores en el campo intelectual en la época, y los supuestos epistemológicos y metodológicos que subyacen a ambos proyectos intelectuales. Esta aproximación debería ser retomada en un abordaje que profundice estas observaciones desde una perspectiva que intente aproximar la sociología de los intelectuales con la crítica epistemológica.

Algunas consideraciones sobre los protagonistas y su posición en el campo intelectual argentino del período

Es sabido a partir de las investigaciones contemporáneas que en las décadas del sesenta y setenta una de las tensiones que organizaba los dilemas y las posiciones de los agentes del campo intelectual se refería a los modos de vincular la práctica política y la especificidad de la práctica teórica o de la práctica cultural. La dictadura de Onganía y posteriormente el Cordobazo fueron los acontecimientos que enmarcaron esta tensión, aunque señala Oscar Terán que ésta ya estaba planteada en el surgimiento de la nueva izquierda cultural argentina entre 1955 y 1966 (Terán: 1991). Siendo sintéticos –y por ende algo esquemáticos– podemos decir que la crisis del modelo sartreano del “intelectual comprometido” interpelaba a muchos intelectuales hacia la búsqueda de mayores niveles de organicidad política; ésta se expresaría en la proliferación de revistas culturales, la inserción en diversas

formaciones políticas o en los diversos intentos de articulación con sectores de trabajadores (1). Para muchos, las propuestas althusserianas habilitaban a definir la intervención política a partir de la especificidad de la “práctica teórica”. Quizás fuera Oscar Massota –director de la publicación de Verón– en *Conciencia y Estructura* (1968), quien formulara de modo más acabado esta filiación que permitía –a su entender– un modo de vincular la producción de conocimiento científico con la política (2).

Corrector de pruebas, escritor de cuentos policiales, periodista reconocido a partir de *Operación Masacre*, Rodolfo Walsh dirigía hacia 1968 el semanario de la CGT de los argentinos. La central obrera formada ese año resultaba de las tensiones que dividían al movimiento sindical argentino, entre un ala combativa y un ala burocrática. Señala Mestman que las definiciones políticas de la central habilitaban el llamado a “una gran empresa común” a empresarios nacionales, pequeños comerciantes e industriales, universitarios, intelectuales, artistas, militares patriotas, estudiantes y religiosos diversas creencias (Mestman, 1997). En este sentido, podemos decir que uno de los elementos que caracterizó el programa de la central fue el intento de articular la representación organizada del movimiento obrero con las “formaciones culturales” artísticas e intelectuales ligadas a sectores de la nueva izquierda y que el semanario *CGT*, dirigido por Walsh, expresaba esta voluntad (3). En su primer número se publicaba a modo de editorial el “Programa del 1º de Mayo”, que sintetizaba las definiciones políticas de la Central. Aunque no lleve su firma, es atribuida la redacción del documento a Walsh, quien hacía allí la conocida afirmación que definía al intelectual “que no comprendía lo que pasaba en su tiempo y en su país” como una “contradicción andante”; a continuación le asignaba a “aquel que comprendiendo no actúa”, “un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra” (4).

Para situar las preocupaciones y el trabajo de Verón, habría que ponerlo en relación con el proceso de institucionalización de la sociología argentina. De regreso al país en 1964 –luego de una estadía de formación en París– Verón reemplazaba junto a Miguel Murmis a Gino Germani en el dictado de la materia Sociología Sistemática en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Comenzaba a tener un papel destacado en la difusión de los autores y textos de la (permítasenos abusar de la simplificación) corriente estructuralista. De este modo, se situaba en el campo sociológico marcando una posición intelectual y teórica diferenciada del accional-funcionalismo que representaba Germani. Poco tiempo después, la fractura del proyecto universitario “modernizador” a partir de “la noche de los bastones largos”, en 1966, reordenaría influencias y ámbitos de trabajo, en la mayor parte de los casos fuera de los campos oficiales y estrictamente académicos. Verón se establecería en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella, una institución central en el nuevo escenario intelectual y en la conformación de lo que algunos llamaron un “circuito institucional modernizador” (5).

En este marco de reordenamientos en el campo sociológico podemos inscribir el proyecto de Verón en una doble tensión: por un lado, recurría al marxismo y era uno de los principales críticos del proyecto sociológico que representaba Germani; al mismo tiempo, su programa intelectual intentaba mantener como principios la autonomía y especificidad de la práctica científica; si bien reconocía su inserción político social y sus condicionamientos ideológicos, sacaba de ello conclusiones distintas a las de los partidarios de la “sociología nacional” u a aquellos que postulaban el uso de las ciencias sociales y humanas como “herramienta de la revolución” (Rivera, 1987: 36); la apuesta de Verón mantenía vigente la pregunta por las condiciones de producción del conocimiento científico.

En este marco, el trabajo que desarrollaba Verón en el Di Tella se inspiraba en la pregunta por los fundamentos de la conducta social. A diferencia de Germani, encontraba en el estructuralismo y en la lingüística, pero también en las “Ciencias de la comunicación” y la Cibernética (Bateson, Wiener, la teoría de la información) las respuestas para una teoría no subjetiva de la conducta (Verón, 1969: 26-27). En el cruce con el marxismo, la noción de *ideología* podría brindar una clave explicativa.

Las reglas del método: hacia una ciencia de la ideología

¿Cómo plantear el problema de la *ideología* si no era en relación con los medios de comunicación de masas? ¿Y cómo abordar, entonces, el estudio científico de la *ideología* en los medios? Estos interrogantes, entre otros, pretendían ser respondidos por el artículo “Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política”.

El análisis marxista, afirmaba Verón, apelaba a las características objetivas del sistema social capitalista para fundamentar las diferencias en los modos de representación consciente y sus leyes inconscientes de organización. La ciencia moderna, por el contrario, tenía por fundamento leyes psicológicas. Buscando no quedar preso de ninguno de los extremos y rechazando la hipótesis del “fin de las ideologías” Verón se proponía delinear un método “adecuado” para medir aquello que el sistema ideológico tiene de estructural. Siguiendo a Barthes, definía a la *ideología* desde el punto de vista de sus propiedades semánticas, como uno de los muchos niveles de organización de los mensajes. Este “se descubre”, señalaba, al someterlos a un proceso de descomposición para estudiar los mecanismos de *selección* y *combinación* que lo organizan. En este sentido, la ideología es –definía– “un sistema de reglas semánticas que expresa determinado nivel de organización de los mensajes” o un “sistema de reglas semánticas” para generarlos. De este modo “la lectura ideológica” consistía en “descubrir la organización implícita o no

manifiesta de los mensajes” (Verón, 1969: 141-142). En este sentido, y en relación con el problema de la conducta, sostenía Verón que la función normativa de la ideología no se encontraba en el contenido del mensaje sino en esta organización implícita, pues no resultaba de ninguna intencionalidad oculta ni manifiesta (en ese último caso sería propaganda, no así ideología).

El objetivo del trabajo de Verón consistía en ilustrar esta perspectiva a través del análisis empírico de la cobertura realizada por dos semanarios periodísticos del “atentado contra dirigentes gremiales peronistas”. Para ello Verón “operará”, esto es, diseccionará los materiales dispuestos para su análisis. Nótese que a estos materiales se los ha, primero, vaciado de todo indicio respecto de su inscripción. Los semanarios son tan sólo nominados con una letra: “C” para el caso del semanario de “clase media y media alta” y “A” para uno “típico de clase popular”. En esta línea Verón argumentaba que al no concernir el contenido de los mensajes al análisis ideológico, prescindiría de ellos en la investigación. También eran eliminados, esta vez, los nombres propios de los protagonistas del acontecimiento (aparecían apenas algunos, pero sólo tal y como se hacían presentes en el semanario “C”). Si bien la “información externa” al “corpus” era fundamental, ella desempeñaba un papel central únicamente en la “fijación de criterios” para su selección. De este modo, una vez finalizado aquel momento, debía ponerse entre paréntesis –dice literalmente Verón– toda información externa, pues el analista debía “‘olvidarse’ de lo que sabe acerca de la realidad social sobre la que hablan los mensajes que analiza” y así evitar toda “contaminación entre las propiedades de la información que proporcionan los mensajes de los medios (...) y las de la información que el investigador posee por ser un miembro de la sociedad”. Cual si tuviera una entidad propia, una voluntad inquebrantable, Verón ponía a cuenta del “método” la exigencia de actuar como si “fuera un marciano” (Verón, 1969: 188). Todo ello en pos de evitar “la proyección” de las creencias propias en los materiales de estudio. Pero, ¿no se estaba ya duplicando o reforzando al sujeto en esta búsqueda de objetividad?

La empresa era compleja y el sociólogo reconocía la dificultad de aplicar estas reglas, pero creía encontrar “la clave de la solución” en “estandarizar las reglas del método o, si se prefiere, mecanizarlas. A largo plazo, el ideal era formalizar las operaciones del análisis interno hasta el punto que pueda realizarlo una computadora, cuya objetividad, como se sabe, es indiscutible” (Verón, 1969: 189) (6).

Respecto al contenido del análisis, simplificando, podemos decir que Verón llegaba a la conclusión de que, en relación con la cobertura del asesinato de Rosendo, en ambos semanarios “la semantización despoja[ba] de sentido a la acción violenta”. Mientras en el semanario A el hecho se mostraba “explícitamente incomprensible”, en el semanario C se insertaba –como acción sin sentido– en el campo semántico del “terrorismo” (Verón, 1969:184).

Cuerpo, historia y política

Además de su trabajo con una materia común, probablemente sea con relación a cómo Verón y Walsh entendían la noción de *ideología* y su funcionamiento que podamos encontrar un punto de comparación entre sus perspectivas y programas de intervención. Si bien el autor de *Operación Masacre* no explicitaba que su materia era la *ideología* (y menos una definición de ella) su propuesta de escritura la suponía, pues presentaba su investigación como un proyecto por enmarcar lo que la prensa presenta de modo fragmentario en una realidad más compleja. Así, afirmaba, si “el tema *superficial* es la muerte del simpático matón y capitalista de juego que se llamó Rosendo García, su tema *profundo* es el drama del sindicalismo peronista a partir de 1955” (Walsh, 1984: 7, *subrayado nuestro*). Si podrían tener en común cierto juego entre lo superficial y lo latente, la propuesta de análisis de Walsh es totalmente heterogénea a la de Verón. Confrontando con la cobertura periodística que hacía hincapié en un “ajuste de cuentas” entre sindicalistas, el escritor señalaba que el interés de la prensa era “mantener el misterio que borraba las diferencias ‘entre ellos’” (Walsh, 1984: 8). Lo ideológico en la prensa, pareciera decir –y nosotros nos animamos a interpretar– es pues una operación de *borradura*. ¿Y de qué se trata aquello borrado? ¿cuál es ese misterio? Allí se dirigía la investigación, pues, informaba Walsh, resultó que “‘entre ellos’ no estaban solamente algunos dirigentes gremiales adictos a la tiranía depuesta’ sino la policía, los jueces, el régimen entero” (Walsh, 1984: 9).

Si en primera instancia *Quién Mató a Rosendo* puede leerse como una novela policial (7) que intenta descifrar el enigma del crimen, pronto entendemos que el misterio a develar era otro (aunque lo incluya): reconectar la serie de la “anécdota” –el caso aislado del asesinato de Rosendo García–, con la “esencia desnuda del vandomismo” (Walsh, 1984: 169). Para Walsh esto no era otra cosa que descifrar “el drama del sindicalismo argentino” y su vínculo con un núcleo de fondo, una serie más amplia, de la cual era parte y sin la cual no sería posible comprenderlo: el proceso de concentración del capital y la nueva etapa económica y política abierta en Argentina a partir de la caída del peronismo en 1955. A este proceso dedicaba Walsh el último capítulo del libro una vez resuelto el enigma: allí hacía un análisis histórico social del “vandomismo” como expresión de esta nueva etapa. Se trataba, entonces, de establecer una serie explicativa, de causalidades, allí donde la prensa presentaba una anécdota policial o un crimen por ajuste de cuentas. Las “diferencias” que la prensa borraba, eran, en otras palabras, la compleja y conflictiva serie de relaciones entre los elementos que lo producían y explicaban. Allí donde la interrogación de Verón se detenía, comenzaba la de

Walsh.

El otro núcleo comparativo que podemos transitar es precisamente el que gira en torno al proyecto de cientificidad y la cuestión de la subjetividad. Pues no creemos que sea exagerado decir que todo aquello que el método de Verón pretendía eliminar era subrayado por Walsh. Así, mientras el semiólogo prescindía de los nombres de los periódicos y de los protagonistas de los hechos, Walsh no sólo nos informaba de quiénes se trataba, sino que dedicaba buena parte de sus páginas a relatar la “historia” de los militantes obreros que, no casualmente, también la prensa omitía. Y estas historias no aparecían de la mano de un narrador externo. El texto, polifónico, construye un entramado de voces que recupera el habla de los actores, sus visiones del mundo y la política y –sobre todo a partir de sus giros lingüísticos– sus pasiones y su gestualidad.

También la propia voz y el cuerpo de Walsh aparecen en la enunciación, quien, explicitando su rol de periodista, entrevista a los personajes y luego narra en primera persona situaciones límite, donde la propia corporalidad se pone en juego, dando cuenta de sus emociones y del peligro al que se expone (8). El procedimiento, típico mecanismo de reflexividad propio del nuevo periodismo de la época pero también de algunas vanguardias cinematográficas, ponía en cuestión la noción de representación (entendida como transparencia y objetividad) al exhibirla como artificio y al señalar la imposibilidad de eliminar la subjetividad de los modos de representación y comprensión del mundo.

Palabras finales

Verón entendía lo *ideológico* como un proceso formal, de combinación y selección sígnica, y a la lectura ideológica (el trabajo científico) como la descripción de estas operaciones y regularidades. Concluía entonces que sólo una vez que se haya prosperado bastante en esta tarea descriptiva “y no antes” es que se podría avanzar en “la interpretación de estos sistemas a la luz de los procesos de conflicto en el plano de la estructura de clases” (Verón, 1969: 186). Walsh, al articular la serie de las representaciones con los condicionamientos económicos y políticos, parecía entender lo ideológico como un modo del discurso que no se podía disociar de sus condiciones de existencia. Al mismo tiempo, lo inscribía en el campo de los efectos reales, en el plano de la disputa por el sentido, antes que –a diferencia de Verón– entenderlo como una propiedad inmanente a las estructuras textuales (9).

El programa veroniano de “una ciencia objetiva” suponía una retirada –consciente– del “sujeto”, pero este ingresaba fatalmente – como todo lo que se reprime– bajo distintos ropajes (10). Podemos preguntarnos entonces si la retirada del cuerpo, entendido como la borrado de las determinaciones objetivas (histórico-sociales) en el sujeto (la subjetividad) garantiza la producción de un conocimiento crítico. O, a la inversa: si lo garantiza su puesta en escena –o mejor– su indistinción, en el caso de Walsh.

Es cierto que podría indagarse cómo el problema del sujeto o, en otro términos, de la “objetividad” en relación con la producción de conocimiento se fue reformulando y encontrando diversas respuestas en la trayectoria intelectual de Verón. Por otra parte, tal vez fuera productivo rastrear cómo algunos elementos presentes en la escritura de Walsh (explicitación de la posición de sujeto, enunciación polifónica, revalorización de la corporalidad, entre otros), se convirtieron en lugares comunes de algunas tradiciones de las ciencias sociales contemporáneas.

No obstante, la pregunta que de algún modo organiza este trabajo apenas ha sido esbozada: la que interroga en torno al vínculo entre la dinámica de las “formaciones culturales”, la práctica política y la producción de conocimiento. Todo un programa en el cruce de la sociología de los intelectuales y la crítica epistemológica.

Notas

(1) Señala Claudia Gilman que Cuba se convierte en una de las referencias para los intelectuales. Los efectos del giro en la política cultural cubana hacia fines de los años sesenta e inicios de los años 70 a partir del Congreso de Educación y Cultura y el caso Padilla acentúan la tendencia que definía al intelectual como el “intelectual revolucionario” cuyo paradigma era el Che Guevara (Gilman, 2003).

(2) “Mis posiciones generales –básica– con respecto a la lucha de clases, el papel del proletariado en la historia, a la necesidad de la revolución son las mismas hoy que hace quince años atrás. Lo que ha cambiado tal vez es la manera de entender el rol del intelectual en el proceso histórico: cada vez comprendo más hasta qué punto ese rol tiene que ser “teórico”; esto es, que si a uno se ha dado la tarea de pensar, no hay otra salida que tratar de hacerlo lo más profundamente, lo más correctamente posible. ¿Podrá uno alguna vez cumplir con esta exigencia elemental?” Oscar Masotta en *Conciencia y estructura*, citado por Cousido 2008.

(3) A este respecto, señala Mestman que el semanario abrió sus páginas sobre todo al movimiento estudiantil y al Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo constituido en Córdoba en 1968 (Mestman, 1997). Para profundizar sobre los vínculos entre intelectuales y movimiento obrero en la experiencia del semanario ver también Camelli, Luchetti, 2008.

(4) “A los universitarios, intelectuales, artistas, cuya ubicación no es dudosa frente a un gobierno elegido por nadie que ha intervenido las universidades, quemando libros, aniquilando la cinematografía nacional, censurando el teatro, entorpeciendo el arte. Les recordamos: el campo del intelectual es por definición la conciencia. *Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo* y en su país es una *contradicción andante*, y el que comprendiendo no

actúa, tendrá un lugar en la *antología del llanto*, no en la *historia viva* de su tierra” (CGT de los Argentinos, 1968, subrayado nuestro). Si bien el mensaje es firmado por la CGTA es reconocida la atribución de la redacción del texto a Walsh (Jozami, 2006: 157).

(5) Al año siguiente de la represión en la Universidad el grupo que dirigía Verón se desplazaba al CICOSO (Centro de Investigación en Ciencias Sociales) para luego establecerse en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella. Como es sabido, el Di Tella es central en el nuevo escenario intelectual y en la conformación de lo que algunos llamaron un “circuito institucional modernizador” (Longoni, Mestman, 2000: 33). En los debates del campo artístico, sobre todo en la plástica y en el teatro, el Di Tella será visto con recelo por aquellos que le reclaman a la “vanguardia estética” mayor compromiso con las problemáticas sociales y políticas. Podemos recordar la muestra que los plásticos más comprometidos organizaron junto a la CGTA y que se conoció como “Tucumán Arde”. También es elocuente la secuencia de *La Hora de los Hornos*, del Grupo “Cine Liberación” sobre los intelectuales y artistas del Di Tella.

(6) Definía al método como “el sistema de reglas de transformación que hay que aplicar a los mensajes para describir las operaciones de combinación y selección realizadas por la fuente al emitirlos” (Verón, 1969: 145).

(7) En este sentido el propio Walsh indicaba: “Si alguien quiere leer este libro como una simple novela policial, es cosa suya. Yo no creo que un episodio tan complejo como la masacre de Avellaneda ocurra por casualidad” (Walsh, 1984: 9).

(8) “Contrariamente a nuestras fantasías, Imbelloni no nos esperaba con una ametralladora, sino con un mate. Yo estaba publicando en el semanario “CGT” mis primeras notas sobre el caso. Quería saber los nombres de los ocho protagonistas que se habían esfumado. El ‘misterio’ que resistió dos años se iba a develar ahora en cinco minutos” (Walsh, 1984, 110).

(9) En las últimas páginas de su texto señalaba la desconfianza en que el resultado de su investigación produjera efectos en la justicia o en la prensa. Por el contrario, apela a dirigirse a los “lectores de más abajo, a los desconocidos”. A estos últimos y a la disputa que sólo ellos podrían dar por el sentido, dirigía sus palabras finales que, verdad o no, relatan que en las paredes del sur del conurbano había “empezado a aparecer un nombre que hace mucho tiempo que no aparecía. Sólo que ahora va acompañado de la palabra: Asesino” (Walsh, 1984: 1969).

(10) El “sujeto” ingresaba, ya sea como “medios de comunicación”, pues Verón, al no relacionarlos con una serie más amplia hacía de aquellos sujetos de una voluntad plena, es decir, de una intencionalidad de la que la producción de las distintas “reglas de mensaje” sería mera expresión; ya sea, bajo la pretensión idealista que supone la existencia de un sujeto capaz de aprehender mediante sus conceptos la totalidad de lo real; o bien, finalmente, como la creencia en un objeto “espiritualizado” que habla al investigador y cuenta su verdad. Sobre el retorno de la subjetividad en Verón en relación con este trabajo ver Leona, 2007.

Bibliografía

CAMELLI, EVA, LUCHETTI, FLORENCIA, “Resistencia sindical y disputa simbólica: el Semanario CGT como espacio de confluencia entre movimiento obrero e intelectuales”, Mimeo, 2008.

COUSIDO, DIEGO, “Actualización teórica, lucha ideológica, en el caso de *Los Libros*”, en *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, Nº 4, Buenos Aires, primavera-verano 2008, pp. 107-127.

CGT de los Argentinos, “Mensaje a los trabajadores y el pueblo. Programa del 1º de Mayo”, en *CGT*, Nº 1, Buenos Aires, mayo de 1968.

GILMAN, C., *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Bs. As. Siglo XXI, 2003

JOZAMI, EDUARDO, *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Buenos Aires, Norma, 2006.

LONGONI ANA, MESTMAN, MARIANO, *Del Di Tella a "Tucumán Arde", "Vanguardia artística y política en el '68 argentino*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2000.

LEONA, PABLO, “La larga prédica del sujeto innecesario (o sobre abusos y desusos de una retórica de producción). El caso Eliseo Verón”, en *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, Nº 2, otoño 2007, pp. 41-50.

MESTMAN, MARIANO, “Semanario CGT. Rodolfo Walsh: Periodismo y clase obrera”, en *Causas y Azares. Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis*, Buenos Aires, Nº 6, 1997.

RIVERA, JORGE, *La investigación en comunicación social en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

TERÁN, OSCAR, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

VERON, ELISEO (ed.), *Lenguaje y comunicación social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969.

WALSH, RODOLFO, *Quién mató a Rosendo*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984.

MICAELA CUESTA

Es licenciada en Sociología (UBA) y becaria doctoral de CONICET. Ha cursado la maestría en Comunicación y Cultura de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Ha publicado artículos en distintas revistas académicas.

MARIANO ZAROWSKY

Es licenciado en Ciencias de la Comunicación y becario de doctorado por la Universidad de Buenos Aires, donde ejerce como docente de Teorías de la Comunicación. Ha cursado la maestría en Comunicación y Cultura de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Ha publicado *Comunicación para principiantes*, junto a Romina Schnaider, y varios artículos académicos en libros y revistas.